

fas; porque las almas son la hacienda del Esposo, y si la Esposa, es la que debe ser, hà de cuidarle con los mayores esmeros, y cuidadosas vigilancias su hacienda. Assi prosiguiò gran rato hablandole de la charidad, hasta que salieron para assistir à un acto de Comunidad. La Religiosa entonces reparó, que la Madre iba tan fuera de sí, y tan ligera, que le pareció, que no andaba, sino que volaba. Alababa mucho à el Señor, y sentia en sí especia- lissimo regocijo aquella Religiosa, siempre que despues se acordaba, de quanto le avia oído, y de averla visto en aquel exceso de amor. Como Salamandra era su vivir este fuego, de quanto veía, ò oía; de quanto hablaba, y pensaba; de todo sacaba centellas de amor. Era esto en tan- to grado, que una Religiosa antigua le dixo con agracia- da llaneza: Si Maria Anna rù toda, toda tu vida amando, y gozando, engolfada en el amor, amor, y mas amor. La respuesta fue confundirse, y decir: foy un pobrecito gusanillo; pero Madre, por què no hemos de amar à Dios? què dificultad tiene? No se lo debemos por tantos titu- los, y beneficios? Porque somos sus Criaturas; y Escla- vas? Y sobre todo por ser quien es? Pues dinos, quièn es? Le preguntaban, dadnos las señas, que tiene. Derre- tida en esto se hacia lenguas, pero de fuego, pi tando, y dando las señas, como las daba la Esposa Santa, para que le dieran noticia de su Amado: Pero la Madre Maria An- na, para que todas se entregassen à su amor. Con este balsemo preservò su alma del tofigo mortal de la culpa; vigorizó su Espiritu para emprender cosas grandes, y to- lerar enfermedades, tormentos, y persecuciones; porque nada ay difícil à el que ama. Agilitò todas sus potencias para el continuo fervoroso exercicio de las virtudes. Un- giò su corazon, para que exalasse el buen olor de la Santi- dad, con que atrajo à muchos, confortò à otros, y  
à todos aprovechò. CA.

## CAPITULO XVIII.

## De su ultima Enfermedad.

**I**Mita la gracia los passos de la naturaleza; y si esta vâ por instantes conduciendo à la perfeccion sus efec- tos; para que bien sazonado el fruto, lo corte, y coja con gusto, gozandose del buen logro; la mano de su dueño. No de otra suerte la gracia vâ adelantando sus obras, refinandolas, y puliendolas con tal primor, que complaciendose en ellas el Autor, no puede menos que apropiarselas, colocandolas à su vista; para que consigan su mejor empleo. Avia yâ como ocho años, que se le representaba à la Madre Maria Anna una mañanita cla- ra, y hermosa, y con apacibilidad frezca. Mostraba gran- de gozo, quando les contabâ à dos de sus hijas este ofre- cimiento. Pero ellas recibian mucha pena; porque lue- go se les proponia con viveza, que si seria aquello, que se le llegaba yâ su muette, y les daba à entender, que se le acercaba la mañana frezca de su Bienaventuranza eterna. Crecian estos temores con la experiencia de lo crecido, puro, y continuo de la llama de su amor; porque quanto mas aguda, y subida està la fiebre; mas cierto es el indicio de la cercanía de la muerte. Cada dia se le iban agravando sus males, y mucho mas desde mediado el año de 1754. en que comenzaron à instarle las Religio- sas, que se cuidara, y pusiera en cura. Lo varonil de su espiritu, lo crecido de las ansias, que tenia de padecer, y los bien fundados temores de los Medicos, que no se atrevian à removerla: no dieron lugar, à que se le apli- cãran, sino rarissimas medicinas. Passaba muy malas no- ches, y en algunas diò varios sustos à la Comunidad. Con



todo se esforzaba, y alestaba para que tuvieran consuelo. Por Pasqua de Resurreccion del siguiente año de cincuenta, y cinco, padeció una gravissima fluxcion, à la que se figuieron otros grandes dolores, y accidentes, que obligaron, à que se le hiciera una sangria: hecha, y assegurada passaron à sangrar à otra Enferma; en este corto intervalo de tiempo, se le soltó la venda, con tal impetu, y abundancia de sangre, que por presto, que acudieron, hallaron un buen charco, de la que avia salido. Volvieronla à asegurar con nueva mayor prolixidad, por lo que avia sucedido. Segunda vez se cayeron las vendas à las dos de la tarde, estando sentada con sosiego. Aviendo visto el Medico lo mucho que se avia desangrado, no lo sintió, antes si dió muestras de alegria; porque decia reconocer en el pulso, que estaban muy llenos los vasos. No obstante le resultó muy grave daño en los nervios, en estos padecia siempre mucho la Madre, por tenerlos debiles, y lastimados con la continuada aspereza de las penitencias. Creció aora tanto la debilidad, y el dolor, que se iba el cuerpo à uno, y otro lado, con tal fuerza, que ni la muleta le bastaba, para mantenerse, y si no le echaran mano diera consigo en tierra.

Aun reclinada en la cama, no pausaba el tormento à causa de ser el desfallecimiento mucho, y crueles los dolores, que le resultaban en los miembros. Causaba compassion el verla; pues por mas que dissimulaba, por escusarles à sus hijas la pena, se le echaba de ver en el semblante mansamente afligido, con el levantar los ojos al Cielo, y en el enclavijar de las manos. Si acudian à confortarla con algunos espiritus, promptamente decia, yà me alivié, siendo tan instantaneo el alivio, que solo parece le duraba, lo que era bastante, para impedir la aplicacion de los espiritus; como que su unico alivio es-

tuvie-

tuviera, en que no le dieran alivio. Le durò este padecer desde el dia cinco de Abril hasta el dia quatro de Agosto en la noche, en que sintió un tronido general en todos los miembros de su cuerpo, tan recio, que la causò no poco susto. Informado el Medico por la mañana, y aviendo observado el pulso, y lengua, asseguró, que en lo natural no reconocia motivo alguno, por qué temer, ni para tener cuidado de lo sucedido. Vispera del glorioso San Cayetano le pidió con instancia al Santo, que la libertasse de aquel impedimento, que padecia, para estar en pie, y poder andar: porque si era voluntad del Amado, no queria quedar tullida, como conocia que le iba sucediendo. El dia siguiente se sintió totalmente libre, sin experimentar los baybenes del cuerpo, y andando con expedicion. La sacò el Santo del eminente peligro en que se hallaba, de que le sobreviniera pàralypsi, como se la tenia pronosticada el Medico un año antes, en que padeció un grave accidente en los ojos, y los dolores yà con la ninguna consistencia en el cuerpo eran fatales anuncios de la cercania. Dia de la Santa Madre Santa Rosa, en que hacian dos años, que avia dado una muy peligrosa caída, de que le quedó un gravissimo padecer; se le agravaron los otros males, que le aquejaban, y le sobrevinieron algunos de nuevo, que la pusieron en tal estado, tan vencida, è inmutada la naturaleza, que qualquier cosa, que sucediesse: alimento, que tomasse; ó medicina, que se le hiciesse, le causaba estrago, se desfiguraba, y comprimia con tal fatiga, que por mas esfuerzos, que hiciesse para dissimular, y no contristar à la Comunidad, se le echaba de ver una opression sofocante, que parecia no caberle el corazon en el pecho. Ponia sobre este las manos, y los ojos tan vidriosos, que temian por instantes, no se les quedàra sofocada entre las manos.

Quan-



Quando se fofsegaban le rogaba mucho, que pidieffe a fu Mageftad, le prolongara la vida. No conteftaba mucho en efto; porq̃ ſolo aſpiraba, à que ſe hicieffe en ella la voluntad del Amado. Paſſò con eſte trabajo hafta mediado Septiembre, que fue el ultimo dia, en que al tomar un bocadito, moſtrò tener aperencia. Deſpues no le fue poſſible, ni aun el diſſimular, el intolerable aſtío, que le cauſaba ſolo el vèr, ò que llegaffe la hora de tomar alimento, le era un martyrio, que cauſaba compaſſion, y ſacaba las lagrimas à las que eſtaban preſentes. Veían el grande conato, que ponía por darles guſto, y no cauſarles pena; los deſſeos, y diligencias que hacia por obedecer à cada coſa, que le decían que tomaffe, y comieffe: con unas anſias, y tedios mortales de ſolo tenerlo preſente; y todo con una manſedumbre, y apacibilidad de un Angel; eſto les traſpaſſaba el corazon de modo, que no podían contenerſe, y era neceſſario au ſentarſe con algun preteſto para dar deſahogo à fu anguſtia por los ojos.

Padecia un moleſtiſſimo ahogio, que le dificultaba la reſpiracion: dos neurifmas à los lados de la garganta: hidropesia de ſangre con exceſſo en la replecion de los vaſos: no ſe le podia dar el alivio de las ſangrias, por lo laſtimado, y debíl de los nervios; y por unos movimientos convulſivos, que le vageaban por diſtintas partes del cuerpo. Con todo eſte padecer no ſe ſaciaba el fervor de fu valiente eſpiritu; y aſſi la encontrò un dia una Religioſa, y la viò que ſalia de la tribuna encendido el roſtro, levantando las manos con mucha eficacia en las acciones, y clamando à Dios con anſias de padecer. Se le llegó la Monja, que era fu Confidente, y la reconvino: Madre, por Dios, què hà de ſer de nosotras? Yà nos falta el corazon, para vèr tanto penar, y V. R. pide todavia mas padecer? Eſto fue atizar el fuego, por que con

mo-

mayor aliento la correfpondiò: ſi lo he de pedir. No baſta, le rëplicò, con aver padecido la paſſion tantas vezes, y de muchos modos. Eſtas eran yà aſſeſſiones ſemejantes à las del fuego, que aviva, y vigoriza mas la llama, para acabar de conſumir el pabulo, en que ſe ceba. En otra ocaſion eſtando las dos en la Tribuna, y la Sierva de Dios muy fatigada, por mas que ſe eſforzaba con el diſſimulo, quiſo reclinar la cabeza ſobre la Compañera, que echò de vèr no ſe la podia arrimar, y con eſto le dixo, què es eſſo, mucho dolor de cabeza? Con los ojos entre abiertos, y enrramados la mirò con un modo muy laſtimèro. Preguntòle entonces, què es? la Corona de eſpinas? Moſtrando conſuelo la reſpondiò: yà me la prometieron. Y ſin duda, que como el decir de Dios es obrar, ſe la concediò luego con la promeſa, y aſſi no tenia como poder reclinar la cabeza. Entrando mas el tiempo, y la enfermedad eſtando mas apoſſeſſionada, le advirtiò la miſma Religioſa, que la miraba de un modo, que le traſpaſſaba el corazon; pues parecia que los ojos hablaban, y demoſtraban lo mucho que padecia; no podia tener la cabeza arrimada, ni en bajo, ni derecha ni inclinada; callada ſin hablar palabra; porque apenas podia articular voz; con un mirar apacible, y con manſiſſimo deſaſſiego. Dixole la Confidente, Madre, què es eſto? Eſtår como Chriſto en la Cruz, ſin tener poſtura? Las otras que compadecidas miraban aquel pacientíſſimo ſufrimiento le preguntaban: Madre, què ſiente fu Reverencia? Eſforzandole como pudo, con gran trabajo les reſpondiò à todas, mirando à la Monja Confidente, y diciendole: Es lo que dixiſte ahora: dichosa mil vezes, que podia decir con el Apòſtol, que eſtaba crucificada en la miſma Cruz con Jeſu Chriſto ſu Amado Eſpoſo, ſirviendole el amor de verdugo. Uno de los mayores tormentos, que pade-



padeció nuestro Redemptor Crucificado, fue la sed, y tanto, que no pudo menos, que clamar diciendo, sed tengo. Dieronle à deber hiel, y vinagre, que solo lo gusto, para no desechar el nuevo tormento. Toda su vida estuvo sedienta la Sierva de Dios, sirviendo e la sed de un continuado martyrio. Era esto mas insufrible en las cercanías de la muerte, quanto era mayor el astio de la comida; tanto le molestaba, mas la sed. Pedia, y rogaba que le dieran agua, sin alterar su dulce apacibilidad, y apacible dulzura. Se la negaban con todo amor por los ninios temores de la hidropesía. Dábansele alguna vez: pero contándole los tragos, que passaba, yà pocos, que huviesse bebido, le decian: basta Madre. A el punto sin passar otro, apartaba el vidrio de sus labios. Echaban de ver, ò les parecia poca la que avia tomado, y le ofrecian otro traguito, se sonreía, y tomaba el trago solo, sin propassarse à el segundo; luego le quitaban de la vista el agua, siendo assi que se consolaba, con solo vér-la. En la realidad era esto darle mas tormento, que alivio; porque como la hoguera levanta mas voraces llamas, si le cae un ligero rocío: assi la sed si es ardiente, se irrita quanto mas se le escasea el agua. Por el temor de que se muriesse ahogada con la hidropesía, le negaban el agua; y no advertian ser necesario el refrigerio, para detener la actividad del ardiente fuego que la consumia.

Sin decirle nada le pusieron en la cama una frezada buena, para que tuviera aliño; agradeció mucho la charidad; pero el dia siguiente les rogò, que se la quitaran, que yà le avia servido una noche, y que aunque le aliviaba, era aquel demasiado regalo. No Madre, le respondieron, es fuerza que su Reverencia nos de gusto; y assi no se hable mas en esto. Baxó humilde la cabeza, y como si le huvieran puesto un candado en los labios, no se

se le volvió à oír, ni una palabra sobre el caso. Mas admirable fue, que à el llegar una Religiosa à la puerta de su celda, que la iba à ver, la oyò estar hablando con otra, la voz muy entera, y con fervor. Detuvo-se un rato, dando gracias à Dios de oírla; porque yà no tenia alientos para hablar, y con gran trabajo parece que estiraba las palabras. Hablaba entonces de la muerte, de las grandezas de la gloria; y como esta consiste en la clara vista de Dios, lo decia con tal viveza, y encendido fervor, que la otra admirada la respondia: Si Madre, si; pero todavia no, no queremos que se muera. Ay hija exclamaba la Sierva de Dios, que sea, quando su Magestad gustare, para mi, para luego es tarde. Yà, no se pudo contener la que estaba à la puerta, temiendo no la acabasse el mismo fervor: Entróse diciendo, que es esto Madre? No ay muerte, ni venga esta por amor de Dios. La mirò la Madre Priora con la mayor mansedumbre, baxò la cabeza, y dixo: esta es nuestra hermana N. que me dice, que no se quiere morir, y prosiguió suavemente hablando de otras cosas, sin tomar en voca la muerte, quedándose suspensas con la admiracion las dos Religiosas, à el ver aquellas heroicas virtudes, y total dominio en sus afectos aun los mas fervorosos.

## CAPITULO XIX.

Continúa la materia del pasado, y su dichosa muerte.

**S**ingular fue siempre el modo de padecer, con que Dios exercitò toda su vida à su querida Sierva, y Esposa la Madre Maria Anna de San Ignacio, que



lo supo lograr, sin perder **ocasion**, ni descuidarse en el menor apice. Querian tiernamente, y veneraban mucho á su Prelada todas las Religiosas de aquella Observantissima Comunidad. En este amor tuvo su mas acrisolado padecer, y un martyrio tanto mas cruel, quanto era mas noble la causa, y finos los instrumentos, que se lo ocasionaban. Muy pocos fueron los dias, en que se rindió á la cama: pero desde el mes de Noviembre de cincuenta, y cinco, yá no podía mas consigo, y andaba arrastrandose. Aqui los varios pareceres de las Monjas animados con el desseo del alivio, y de prolongarle la vida: yá le decian, Madre levante su Reverencia, y vamos á andar: yá la cargaban de medicamentos. Una le decia, Madre no suspire: otra no duerma, que le hará daño: y á todas obedecia promptissima con una apacibilidad, y mansedumbre, que jamás hizo ademan, dixo palabra, ó dió la mas ligera muestra de displicencia, disgusto, ó renuencia á lo que le insinuaban. Dixo por esto una: no se le puede decir nada á nuestra Madre, ó ver primero bien lo que se le dice; porque si movida de lastima se arrepiente una de lo que le hà dicho, ó propuesto, yá no tiene remedio, porque luego sin detencion lo tiene executado. Todas con las obras querian mostrarle el fijo amor, que la tenian; con esto en muchas ocasiones le buscaban sus tormentos: unas veces no haciendole lo que queria, y era conveniente, en otras executando lo que no estaba bien. Solia estar se ahogando con la hidropesia, humores, y abundancia de sangre, tanto, que decia entre las congojas: ay! esto es morir. Procuraban animarla con decirle: no Madre, no es cosa, no es cosa de cuidado; es flato. Correspondia con una amable mansedumbre: sí será flato? Pero no, qué es mucho. O, y qué cosa es el flato? Comenzaba á decia me muero, y si reflejaba, que esta-

ban las Monjas presentes, se contenia sin acabarlo de pronunciar; por no afligirlas, ni contristarlas. Le oyeron decir á una persona de fuera, que le preguntaba por su salud; que sentia alivio con unas pechugas, que le avian puesto en los pulsos. Con esta noticia, que casualmente tuvieron, se las procuraban repetir; pero siempre con tanta mortificacion de la Enferma, por parecerle era contra la pobreza, que puestas las manos les pidió con mansedumbre; pero con instancia, que no la afligieran por nuestro Señor. Viendo esto, y que en la realidad le confortaban, tomaron la providencia de avisarle á el Padre Capellan, que era su Confessor; y este la industria de embiarle un numero de Aves, diciendo que se las embiaba de limosna, y que le mandaba las usasse para los pulsos. Obedeció; pero con todo era necesario matarlas fuera, y entrar de repente á ponerlas con la mayor brevedad, divirtiendola otras, para minorarle la pena, que se le reconocia. Entró una á ponerle un reparo en el estomago, y con la pena, y ansia de aliviarla no advirtió á que estuviese templado. La pacientissima Sierva de Dios le dixo, dulce, y amorosamente una, dos, y tres vezes, mira hija que me quemas. Le respondió, no Madre que está bueno, así conviene: no se imutó, sino que lo aguantó con toda mansedumbre. Al ponerle despues otro medicamento, echaron de ver, que le avia levantado una ampolla bien grande, con la qual se vino en conocimiento de su grande mortificacion, y sufrimiento admirable, que para esto ciertamente, que convenia estuviese abrasando, como al ponerse lo le decian.

Con estos, y semejantes repetidos heroycos actos de todas las virtudes, fue pasando el tiempo hasta mediado el mes de Febrero de cincuenta, y seis, en que le subió la sangre, ó algun otro accidente, que la privó del habla.



habla. Las Monjas como vivian muy esperanzadas de su apreciable vida, y la vieron derepente con señales de muerte muy cercana, se turbaron, y atormentaron, de modo, que no es explicable; y á la verdad con razon; porque verse amenazadas á quedar huerfanas por la falta de una Madre tan amante, prudente, provida, y zeladora con la mayor suavidad de la mas puntual observancia. A carecer de una Fundadora, que avia sido toda el alma del Convento. A privarse de una Prelada tan cabal como fervorosa, que con palabras, y obras daba espiritu á toda la Comunidad. Sin una Maestra tan Santa, que enseñaba con el exemplo, cautivaba con la amabilidad, lo suavizaba todo con la mansedumbre, y ninguna se podia resistir á su tolerancia, ni esconderse de su luz. Sobrada razon tenian para su turbacion, y tormento. De esta suerte consternadas solo atendian á executar promptamente, quanto los Medicos recetaban, y tenian dentro del Convento, sin que el dolor, y la pena les diessse lugar; para advertir el modo, como lo practicaban. Le echaron unas ventosas, y las cargaron tanto de fuego, que en un pie se le hizo una llaga, que le estuvo purgando los dias, que le duró la vida. En otras dos partes le levantaron unos tumores grandes moreteados, y llenos de ampollas. Siguióse á este tormento el inhumano martyrio de los causticos, y aunque la Religiosa, que corrió con esta operacion era de las mas penadas; con todo como animosa, y eficaz de genio, procuró atender á lo que hacia, sin dexarse embargar de la turbacion: hizolo con la brevedad, que pedian los Medicos, poniendo gran cuidado en no agravarle el dolor; pero advirtió, que le atormentaron mucho, y no pudo menos, que ser muy extraordinario el tormento, quando con toda la privacion, mortificacion, y tolerancia, con que en todo se mostraba, como si fuera

una

una insensible piedra, con todo dió muestras de sentirlo tanto. Lo atribuía despues con lagrimas en los ojos á la summa delicadeza, que tenia en el cutis la Madre; porque al tocarla parecia una seda, ó una criatura muy pequeña. Sobre todo causaba mayor admiracion verla en este tropel de tormentos con la misma suavidad, paciencia, mansedumbre, y humildad; porque aunque estaba sin habla; pero oía, y entendia, y assi con señas, ó con las manos, que tenia libres, podia mostrar lo que sentia, y procurar de algun modo el alivio. Toda la Comunidad con este publicaba ser indecible lo que padeció en su ultima enfermepad la Sierva de Dios, que la acrisoló, y refinó; para premiarla mas.

Tres dias antes que falleciera, asistiendole su Confessor, reconoció este el trabajo espiritual en que se hallaba de un total desamparo de Dios, en tanto grado, que preguntada de su interior, parecia como una estatua, sin darle mas razon, que la amorosa quexa, que repetia con estas sencillas palabras: *Estoy sola*. Luego se ve la bella correspondencia con el desamparo, que padeció su Amado en la Cruz, que le obligó á prorrumpir en la amante pregunta, con que requeria al Eterno Padre, por que lo avia desamparado? Le avian prohibido aquel dia, que durmiese, por el justo recelo, que tenian los Medicos, no le sobreviniese el syntoma de algun afecto soporoso. Permitieronle que durmiera un rato, y aviendolo conseguido por el breve espacio de un quarto de hora, despertó con demostraciones de alegria. Examinada la causa por el Confessor, que estaba cuidadoso, le comunicó, que yá el Amado avia venido; como que le huviera estado guardando el sueño; para que al despertar lo hallasse esperando; que no son nuevos estos favores del Esposo con la Esposa amada. Preguntóle entonces, si le faltaba



taba mucho que padecer? Le respondió, poquito señalándolo con los dedos. No expresó mas, y así no se entendió, si habló de los tres días, que solo le duró la vida; ò de otra cosa. De su muerte nada habló, ò porque no lo supo, ò por no contristar con su noticia. Aquella noche después de las doce comenzó à pedir Pan, y como no era tiempo proporcionado, quando repetía Pan, Pan divino, indeficiente, Pan de los Angeles, Pan del Cielo; le daban algun medicamento, ò alimento, para entretenerla, y esperar hora oportuna. Con su acostumbrada mansedumbre se sonreía, y aunque les daba gusto, en tomar lo que le daban, decía: no es esto, no es esto lo que pido. Así que amaneció entró el Padre, y al verla sentada prevenida con el Tocado, y Escapulario para comulgar, repitiendo con ansias Pan, Pan. Se llegó à preguntarle, qué quería? Respondió con un fervor como si estuviera buena. Pan, Pan divino. Dixole el Padre, que no era tiempo; porque quería, que lo deseara mas. Humilde, obediente, y resignada baxó la cabeza; mas con unas grandes ternuras mostraba el dolor de la dilacion. Passado poco tiempo le dixo su Confessor: hija como estás? Qué es lo que me pides? Respondió, Pan, Pan, que no puedo mas. Le subió la Comunión, que recibió con la mayor devoción, y pidió la dexaran fosegar; porque no fueran à darle el alimento, como querían, por verla tan desflaquecida. Mas en el Augusto Sacramento tenía quanto podía necesitar, y desear. Exercitandose después en los actos de resignacion, y humilde conformidad con la voluntad de Dios, poniendose en sus manos, que fue lo mismo que expresó su divino Esposo à él morir en la Cruz, y lo que le avia enseñado muchos años antes; por que oyendo aquellas palabras del Evangelio de San Lucas; *Et vos estote parati. Estad vosotros aparejados.* Le pre-

preguntó à el Señor, como, y con qué prevencion la cogiera la muerte aparejada? La respuesta fue: *Estando resignada en mi voluntad.* Con esta enseñanza procuró siempre actuarle mucho en esto, y señaladamente lo practicó en los ultimos periodos de su vida. Esta llegó hasta el dia veinte, y cinco de Febrero del año de mil setecientos cincuenta y seis, en que hechas à buen tiempo todas las diligencias propias de aquel trance à las doce, y media de la noche con quietud, y sosiego entregó su bendita alma à el Criador la Madre Maria Anna Agueda de San Ignacio, de edad de sesenta años, veinte, y cinco de Beata con votos, y quince de Religiosa en el Observantissimo Convento de Santa Rosa.

## CAPITULO XX.

De su Entierro, y de lo acaecido después de su muerte.

**M**urió la Sierva de Dios Madre Maria Anna de San Ignacio; y como era mucha la estimacion, y aprecio, que hacia de ella el Illmo. Señor Arzobispo Obispo Dr. D. Domingo Pantaleon Alvarez de Abreu, por el alto concepto que avia formado de su gran virtud, y amabilissima Santidad. Se pensó el prevenirlo con tiempo; para que no le cogiera de susto el grave pesar, que se conocia avia de tener con tan fatal suceso. Un Señor Cura de sus Familiares passó à verlo antes de la muerte, y como à las primeras palabras preventionales lo reconoció muy conturbado, haciendose cargo del genio melancolico de su Illma. que de solo oír doblar, se contrista; y así lo escusa por dictamen de los Medi-